

13 - La guerra de una joven contra las estrellas [Youjo Senki/Star Wars]

- [13 - La guerra de una joven contra las estrellas \[Youjo Senki/Star Wars\]](#)

13 - La guerra de una joven contra las estrellas [Youjo Senki/Star Wars]

La guerra de una joven entre las estrellas

13

Coruscant, 42 ABY.

"¡Aquí estás!"

Parpadeé, levantando la vista del sistema de catálogos de la biblioteca cuando el maestro Dyas se acercó con una sonrisa. "Maestro Dyas," asentí, y él sonrió aún más.

"Tanya. ¿Tienes un momento?" preguntó, y yo asentí, alejando la vista de la computadora.

"Por supuesto," acepté, levantando una ceja mientras él se acercaba para tomar un asiento junto a mí, sacaba una tableta y me la entregaba.

—Mira esto.

Tomando la tableta, revisé los datos y silbándole suavemente, comenté: "Vaya suma."

El maestro Dyas asintió. "Simplemente seguí tus pasos con la cantidad que te hice manipular, usando los fondos del templo, después de un poco de, eh, recaudación de fondos,"

animándose.

"

el próximo año

"Gástalo," respondí de inmediato. Ni siquiera tuve que pensarlo.

disminuido en lugar de aumentado

"

“¿Hmm,” asentí, reclinándome en mi silla. “¿Recuerdas las maneras en que te dije que sería difícil para cualquier investigador rastrear una suma de dinero si alguien quisiera ocultarla?” pregunté, y él asintió.

“Las semi-legales sociedades pantalla hacen contratos. Esos empleados en realidad están empleados por ambas, al menos en papel—por si quieres cubrir todas las bases. Puede que nunca trabajen realmente para la Empresa B, o si lo hacen, solo en el mismo rol que en la Empresa A, y solo les pagas una vez porque ya has pagado por su trabajo como empleados de la Empresa A. Luego, usas la Empresa B para vender a la Empresa A un servicio. Seguridad de la información, auditoría interna, presentación de impuestos, asesoría financiera, asesoría legal, y otros servicios—

“reciben su parte si dices que cayó de la parte trasera de un camión, entonces cayó de la parte trasera de un camión, y mientras nosotros obtengamos nuestra parte, no vamos a decir nada al respecto.”

“incluso más la Compañía A”

“

“sanitizado”

“Solo una inspección superficial,” negué con la cabeza. “¿Por qué preguntas?”

“de nuestro”

“Lo hice,” confirmé.

“

“Realmente podría”

“Señor Dyas, ¿un rebelde? ¿Seguramente no,” sonreí, ganando una risa del hombre.

“

“Por supuesto.”

“

“¿Oh?” pregunté, con curiosidad.

“

“De ninguna manera en el templo”

“

“Entonces, ¿por qué se molestaría en buscar? De todos modos, buena suerte con tu investigación. Que te diviertas,” agitó la mano y se marchó, dejándome sentado allí.

Cerrando la pantalla que había estado revisando, me levanté y rodé la biblioteca, manteniendo el control de todos los presentes. Después de un rato, finalmente encontré la ‘ventana’ en cuestión—un trozo de cristal iluminado con una pantalla detrás, que mostraba una vista exterior. Podía ver cómo engañaría a la mayoría de los transeúntes. Extendí la mano, la sondé con mis sentidos y tocé los lados, empujando y jalando de un lado a otro.

Cerradura magnética, cada cerradura tiene una llave o interruptor. Entonces, ¿cómo la desbloquean?

Negué con la cabeza, encontré la sala principal y decidí no explorar más allá, sino volver directamente al servidor iluminado que descansaba en una esquina. Me metí debajo de la túnica y saqué una nueva herramienta de mi cinturón, encontrando el puerto de datos de acceso estándar del droide. Lo conecté y pulsé en la pequeña pantalla, haciendo que el pequeño dispositivo cobrara vida.

Tras unos momentos tecleando en el teclado, sonreí al ver que se conectaba al servidor. Elegí el programa que quería y ejecuté la herramienta de extracción de datos personalizada que había ensamblado: una combinación de descifrador de seguridad y cifrado, algoritmo de búsqueda y utilidad para copiar archivos. Una de las muchas ventajas de contar con un repositorio de código abierto era que casi cada fragmento había sido previamente escrito por alguien más, al igual que distintas partes de otros programas. Todo lo que necesitaba hacer era eliminar las secciones que no requería, ensamblarlas y asegurarme de que funcionaran en conjunto. Luego, ingresé los términos de búsqueda que quería localizar, junto con un comando para generar una lista de todos los archivos en el servidor, de modo que pudiera revisarlos y decidir si quería regresar en busca de algo específico más adelante.

No solo buscaba la información que le había revelado al maestro Dyas, sino que también había decidido que valía la pena que investigara todo lo relacionado con los Mandalorianos. Todo lo que había leído hasta ahora tenía el aire de estar cuidadosamente filtrado.

Colocando mi nueva herramienta en el servidor mediante el imán en la parte trasera, la dejé correr en silencio y eché un vistazo a mi alrededor. Había toda clase de reliquias suspendidas en plataformas repulsoras, protegidas tras vitrinas, aseguradas con campos de fuerza, o simplemente exhibidas en estanterías a la vista. Libros, pergaminos, armas de diversas clases, incluidos sables de luz, piezas de armadura, joyas, cristales extraños que irradiaban la Fuerza —los holocrones—.

Mientras recorría la colección, extendí mis sentidos a través de la Fuerza, percibiendo cuidadosamente todo a mi alrededor. Algunos objetos no parecían tener mucho poder, mientras que otros se sentían especialmente intensos en la Fuerza—muchas de esas piezas estaban imbuidas con un profundo significado.

Oscura maldad—inmediatamente peligrosa

Con curiosidad, Extendí la mano y la investigué cuidadosamente con la Fuerza directamente. Cuando no reaccionó, la levanté. Fue entonces cuando sentí que reaccionaba, extendiendo la Fuerza y percibiéndome, escudriñándome a su vez. Casi la soltaba, pero se detuvo antes de que pudiera. Sentí cómo la Fuerza se concentraba en su interior y, momentos después, algo parpadeó en mi campo visual, a mi derecha.

Un hombre humano se mantenía de pie, observándome mientras yo lo observaba a él. Parecía... normal

“ Bueno, eso es interesante,”

Alcé una una ceja, extendiendo la mano hacia la proyección. A mis sentidos, parecía más bien un holograma o una ilusión, creada por la Fuerza. “¿Quién, o qué, eres tú?”

“Soy uno de los guardianes que protegen y supervisan este holocrón, y pongo a prueba a quienes buscan el conocimiento en su interior. Soy apenas un eco, un recuerdo del hombre que me creó. Una copia parcial de su mente.”

“¿Es posible copiar recuerdos y personalidad? ¡Qué interesante! Esto merece investigarse. Más tarde.”

“Ajunta Pall.” “¿Nunca has oído hablar de mí? ¿Qué año es, y dónde nos encontramos?”

“En el archivo prohibido del templo Jedi en Coruscant. El año es...”

“Casi siete milenios desde la muerte de mi creador y más de novecientos años desde la última vez que alguien utilizó este holocrón, y en ese tiempo, han borrado el nombre de Ajunta Pall. Dime, ¿qué hay de la Orden Sith?”

“Fue destruida hace casi mil años, creo,” respondí con sinceridad. “Al menos, eso dicen los registros. Por eso estoy aquí. Tengo razones para creer que nos están mintiendo, así que vine en busca de conocimiento.”

“Entiendo. Lo has encontrado. Pero, ¿eres digno de aprenderlo? Lo descubriremos.”

Dios se preocupó

La ilusión retrocedió y la miré con desconcierto, sintiendo cómo mi corazón latía con fuerza ante el recuerdo vívido de aquel instante—el dolor de mi cuerpo ardiendo, entre la llama de la magia que lo consumía desde dentro y el fuego nuclear que lo abrasaba desde afuera. “Nunca vuelvas a hacer eso”.

“No es necesario. Ahora te conozco, Tanya von Degurechaff. Este holocron y el conocimiento que contiene son tuyos, y te nombro su nueva custodia. Protégelo de aquellos que buscan destruir el saber”.

Con ello, la ilusión desapareció. La guardé en la bolsa de mi cinturón mientras respiraba profundamente y me concentraba en calmar mi corazón. Mi ira se disipó en los minutos siguientes y retomé mi exploración. Más tarde, cuando tuviera tiempo y privacidad, revisaría el holocron. Ahora no era el momento ni el lugar—sobre todo si quería evitar ser sorprendida.

El Maestro Dyas dijo que no debería tomar nada, pero no me sentía cómoda dejando esto aquí.

Otro objeto de curiosidad captó mi atención en mi camino de regreso para verificar el avance de mi herramienta de corte: un sable de luz flotando sobre una plataforma de repulsión. Incluso llevaba una etiqueta: el sable de Exar Kun.

Era claramente ese sable y no el nombre de 'Exar Kun' lo que llamaba mi atención.

Al observarlo más de cerca, vi que tenía dos emisores, aunque el mango solo era lo suficientemente ancho para una mano adulta—a diferencia de mi versión de sable doble, que consistía en dos sables unidos y que podían separarse o conectarse a un asta de acero oscuro. Curiosa, lo palpé y descubrí que, como muchas cosas aquí, estaba más cercano al centro que a cualquiera de los extremos, en un gris que podría decirse.

Lo levanté con cautela, atento a posibles sondas alienígenas, y lo giré en mi mano, probando su peso. Estaba perfectamente equilibrado. Solo un poco grueso para mi mano, pero era joven y parecía que encajaría casi a la perfección cuando fuera mayor. Palmé el interruptor de activación de uno de los lados y levanté una ceja ante la brillante hoja azul que brotó rápidamente.

¿Pensaba que las armas Sith eran tradicionalmente rojas? ¿Verdad?

Lo apagué con cuidado, considerando devolverlo a su lugar, pero luego negué con la cabeza y lo guardé en la bolsa junto con el holocron. Ya estaba robando un artefacto y datos, ¿qué era uno más en ese momento? Además, en realidad podía usar este de manera relativamente abierta, siempre que cambiara los cristales actuales por algunos de la gran piedra en mi habitación y fingiera que lo había construido yo misma.

Nadie pensaría que sería extraño tener un respaldo más, por si acaso.

La cuestión de qué hacer con más sables de luz que manos para manejarlos parecía simple: ¡usar la Fuerza! Mantener distraído a cualquier enemigo con los que tuviera en las manos, y luego usar el último para atacarlo desde ángulos que no esperaba.

Tras terminar la extracción de datos, desconecté mi herramienta y la apagué, luego salí del archivo para dirigirme a mis habitaciones. Tenía trabajo que hacer antes del amanecer y poco tiempo para ello.

—Te ves fatal. ¿Dormiste algo? —preguntó Obi cuando me uní a ella en el pasillo, llevando un termo de café espacial que iba bebiendo lentamente mientras caminábamos. Delante de nosotros, los maestros Dooku, Dyas y Qui-Gon caminaban juntos, hablando en voz baja mientras nos conducían fuera del templo.

Adelantando la carga en mi espalda, gruñí. “Realmente no.”

Cambiar las cristales en el sable de luz de Exar-kun no había tomado mucho tiempo, una vez que comprendí cómo desarmarlo con seguridad. En total, quizás dos horas, incluyendo limpiar, cortar cristales nuevos, revisar los componentes, apresurarme a conseguir piezas de repuesto para las que parecía conveniente reemplazar antes de que fallaran, cambiar todo y volver a ensamblarlo.

No, lo que me mantuvo despierto hasta el amanecer, cuando Obi tocó a mi puerta, fue revisar los datos sobre los Mandalorianos en mi portátil—y luego distraerme con los hallazgos del análisis comparativo de los datos del mapa cuando ese proceso terminó justo en medio de la lectura. Necesitaría uno o dos días más para revisar todo lo que debía, pero en el viaje a Mandalore por hyperspacio tendríamos tiempo de sobra para ello.

“Trabajas demasiado,” suspiró ella, sacudiendo la cabeza.

“Sí, bueno, prefiero sufrir ahora y estar preparado antes que sufrir después, entrar sin estar listo y posiblemente morir,” respondí, quizás con un tono más áspero de lo que pretendía.

Obi gimió y asintió, dando un paso atrás. Antes de que pudiera hacer algo más que volver a mirar para ver qué hacía, sus manos estaban en mis hombros y cuello, masajeándolos. “Relájate~. Estará bien. Tenemos bastante tiempo para prepararnos. Deberías echarte una siesta.”

Pensándolo unos momentos, asentí. “Lo haré. Cuando estemos en hyperspacio.”

Ella sacudió la cabeza, pero no insistió. Tomamos un par de aircars hacia el puerto espacial. “Llevaré dos naves en esta misión,” explicó el Maestro Dyas al llegar. “Por si necesitamos dividirnos o brindar transporte y protección. Es mejor prepararse con anticipación para estas cosas, ¿sabes?”

“Con eso en mente,” el Maestro Qui-Gon dirigió una mirada comprensiva a Obi. “Padawan, ¿por qué no acompañas al Maestro Dooku y a Tanya?”

“¿Estás seguro, maestro?” preguntó Obi, y asintió.

“Podrán entrenar juntos durante el camino.”

Obi sonrió con entusiasmo y le dio un abrazo breve a su maestro en señal de agradecimiento, logrando una risotada del hombre. Dooku sonrió, sacudiendo la cabeza antes de dirigir su atención hacia mí. “¿Alguna novedad respecto a los datos?”

“Mi programa terminó de compilar todo anoche. Necesitaré un par de días para revisarlo antes de entregarte mi informe,” respondí.

El hombre mayor asintió, mientras Qui-Gon levantaba una ceja. “Muy bien. Lo dejaré en tus manos.”

“¿Tenemos tiempo para que pase a comprar algunos suministros que olvidé antes de partir?” pregunté, y Dooku me lanzó una mirada curiosa.

“¿Qué se te olvidó?”

“Un bláster. Si vamos a entrar en una zona de guerra, prefiero un arma con mayor alcance que un sable de luz lanzado.”

Entonces, los tres maestros soltaron una carcajada. Les lancé una expresión de desconcierto, con Obi a mi lado reflejando curiosidad. “¿Cuál es la gracia?”

“Es una buena idea y probablemente deberíamos comprar uno, pero,” el Maestro Dyas se detuvo con una sonrisa traviesa.

“¿Pero?”

“Vamos a Mandalore,” señaló el Maestro Qui-Gon. Al verme con curiosidad, explicó: “Son mercenarios y están especializados en ese tipo de combate. Podrás conseguir uno allí, y no suelen tratar con chatarra. Así como cada uno construye un sable de luz de calidad y lo cuida con esmero, los Mandalorianos se enorgullecen de sus armas. Aunque el bláster no es tan elegante como un sable de luz, no es tan torpe como algunos maestros aseguran. Al final, ambos son herramientas para un mismo propósito: mantener vivo a su dueño y completar la misión. Son artesanos de la guerra y conocen sus herramientas. Ya habrán seleccionado y reunido las mejores armas para sí mismos, así que lo que consigas allí seguramente será superior a cualquier otra opción.”

“Lo arreglaré al llegar,” prometió Dooku, señalando hacia la nave. “Vamos, pongámonos en marcha. Espero escuchar qué has descubierto.”

Con eso, abordamos y guardamos nuestro equipo. Tomando mi asiento habitual en la cabina, con Obi justo detrás, revisé las comprobaciones habituales y luego pusimos en marcha la nave.